

Lunes

Leonardo Teja

EL INCENDIO DE ESTA MAÑANA COMENZÓ EN EL BAÑO, detrás del lavabo. Me sequé y me vestí como pude: tenía que irme en ese instante, ganarle unos minutos al tráfico matutino para que los retardos no terminaran de comerse mi quincena, y para no dejar el auto a merced de la calle y sus habitantes por encontrar atiborrado el estacionamiento de profesores. Ambas cosas ocurrían cada lunes desde que Ana María me pidió el divorcio, cinco meses atrás, y se largó. Antes de salir de mi departamento envuelto en llamas, me fijé que la contestadora estuviera enchufada. Ana María no es de esas personas que al escuchar el tono de mensaje cuelgan.

En la escalera casi choco con don Anselmo, el conserje; me había acostumbrado a verlo subir a mi departamento, acorazado con su chamarra aislante, cargando un extintor en la mano derecha y un hacha en el cinturón.

—Cuando termine puede desayunar; si gusta, hay comida en el refrigerador, y por lo que más quiera, esta vez trate de no desenchufarme la contestadora... —le dije antes de que nos diéramos la espalda. Don Anselmo no me respondió, sólo vi cómo alcanzó a dirigir el extintor con una precisión gatillera dos segundos antes de que el humo del departamento se lo tragara por completo.

Durante el fin de semana sólo había dedicado mi tiempo a escuchar la radio, sin mucho interés; fumaba a veces, y ocasionalmente visitaba el retrete o el refrigerador, nada que justificara los largos bostezos durante el camino a la escuela esta mañana. Fueron las noches; las anteriores no pude pegar los ojos, como se dice en las charlas sobre el insomnio. Además del tema de la infertilidad de Ana María, cuando lograba cerrarlos, la imagen del tratamiento dental del sujeto

que me trajo el tercer aviso del banco me daba vueltas: unos fierros trenzados a la dentadura sin ningún método aparente, en verdad que no les vi alguna utilidad que no fuera la de aparador del bolo alimenticio. Entonces abría los ojos en lo oscuro, con la cara aplastada contra la invasora suavidad de la almohada, con la otra mitad de la cama sin deshacer, y con el *display* de la contestadora parpadeando en ceros.

En el trayecto a la escuela, entre bostezo y bostezo, mientras contribuía al embotellamiento de esta mañana, pensé en la elástica vocación de los recuerdos; de qué manera acomodan su mudanza en los cartuchos de la memoria para esperar, horas o años, y dispararse en cualquier momento, las noches incluidas; se me ocurre, por ejemplo, que un simple roce del pulgar en el contorno que loide de una cicatriz dispare el recuerdo del beso materno, y no aquél otro de la noche en la que se recargó la mano sobre las cenizas vivas en la boca del cenicero. No. El recuerdo es el machucón con la puerta de la entrada, o la caída desde un columpio en movimiento, y cómo un sólo beso materno cerraba raspones o enderezaba falanges, en un instante. Así dispara la memoria, con la mirilla incoherente. Hechos que, quizá, ocupan más palabras que los segundos en un semáforo.

Ana María no me prestaba mucha atención cuando le hablaba de esas cosas, yo lo sé; ella tenía parábolas propias para explicarse el mundo: cuando a regañadientes

acepté dar clases de Ciencias Naturales en la primaria, sólo porque el sueldo que me ofrecían era mayor al que recibía del Instituto de Investigación Marina; ella agregó el argumento de la futura hipoteca, el de los posibles mellizos que vendrían, que frente a mí estaba una oportunidad de oro. Decía que los niños eran la tierra más fértil, que en sus cabezas podían sembrarse las semillas de un bosque sano, al que no sería necesario prenderle fuego con castigos cuando fueran adultos. De haberlo sabido: tras dos años de intentarlo, ahora me imagino, las únicas familias a las que pudimos ayudar a crecer fueron las de aquellos dueños de las patentes de pruebas de embarazo.

Pero al menos el esfuerzo de esta mañana valió la pena. La hora que se imprimió en mi tarjeta de entrada estaba en el límite de lo estipulado en mi contrato, y pude estacionarme en un pequeño lugar junto a la caseta de vigilancia. Mis alumnos ya me esperaban, bien peinados, sentados de dos en dos, con su tierrita fértil.

La clase era sencilla; pronto iba a terminar el ciclo escolar, ya habíamos visto en el programa unas jirafas de Lamarck, las jaulas de Linneo, Darwin, y algunos cromosomas: nada profundo, las semillas necesarias apenas, después de todo sólo eran niños de primaria, de cuarto de primaria; quizá con el tiempo alguno de ellos llegaría a ser un investigador en algún instituto importante, con una cantidad enorme de mensajes en sus múltiples y futuras contestadoras.



—Profesor...

—Sí, Alán, dime.

—Édgar no está poniendo atención al fenotipo de los chícharos. No hace otra cosa que dibujar hormigas en la banca.

Al escuchar su nombre, Édgar apenas desvía su atención sin abandonar el vandalismo infantil.

—Profesor...

¿Sí, Alán?

—Es que Édgar sigue y sigue. Ya llenó la banca con hormigas; unas montan motocicletas hacia un barranco diminuto, pero mortal; otras lían fogatas sin ningún respeto por las reglas más básicas de seguridad, sólo para que las que traen el extintor las apaguen antes de que todo se incendie. Esta de aquí, mírela, le grita majaderías a Darío. ¿Verdad? ¿Verdad que sí, Darío?

El agraviado asiente moviendo la raya en medio de su peinado...

—Profesor...

...

—Profesor...

—Basta ya; Édgar deja de rayar la banca. Voy a hacerte un citatorio para que tus padres vengan el fin de semana a despintarla ¿eso quieres?, Alán, no quiero más quejas.

—Profesor...

—Esteban, que no sea otra queja sobre hormigas, por favor.

—No, profesor; es sobre ese señor Darwin de la otra semana. No le creo nada. Los changos siguen teniendo changuitos, antes y después de 1859; a mí me hizo dios, y pienso que a usted y a mis compañeros, y a todos los miembros de club colombófilo de Londres también, aunque usted lo niegue. Mi mamá dice que usted es un fariseo, y todo el diezmo que se ahorra no le servirá para sobornar ni al más corrupto y miserable de los verdugos del infierno...

En ese momento, las palabras del niño son aprobadas por los demás; susurran en parejas, algunos señalan en la dirección del profesor y de su portafolio achicharrado. Al principio lo hacen de manera tímida, después a los gritos. En la banca del niño dibujante no cabe una hormiga más. Aquéllas que tienen la responsabilidad de apagar las fogatas no pueden encontrar sus extintores, otras hormigas los movieron de lugar como parte de un *performance* de magia. El fuego crece con timidez hasta el punto en que, de la banca, salta a las cortinas del salón y se extiende a los rincones. Algunos niños lo alimentan arrojando sus corbatitas, y otros, sus asientos hechos pedazos. El profesor llama tres veces a un tal don Anselmo, espera un poco, y no ocurre nada. Decide irse a su departamento. Antes de salir tiene un reflejo para rescatar su portafolio, pero ya es tarde. Sale esquivando la danza que tres niñas hacen en torno al fuego para violentarlo, pisa los anteojos de otro que ya no los necesita más, pues se ha arrojado en sacrificio a las llamas. Cierra la puerta y la atranca. Una vez en su auto, la sirena del camión de bomberos que dobla la esquina lo hace pisar el acelerador con más peso mientras se despide del vigilante de la escuela.

En su departamento lo recibe la lenta continuidad del humo. Dos mensajes parpadean en la contestadora. El primero es del banco, le informa que el de esta mañana fue el último incendio que cubrirá la póliza. El otro es de Ana María, está embarazada de “alguien increíble”, el resultado de hace tres días en la prueba de farmacia se confirmó hoy durante el examen de sangre; dice que le perdona el tiempo que le hizo perder, pero que no vuelva a buscarla. Mientras tanto, de un boquete en la pared del baño, sale visiblemente fastidiado un bombero con paso de conserje, o viceversa, éste se dirige a la salida. Un humo estéril lo escolta hasta la boca de la escalera. ■■■